

Historia En uno de los mejores estudios sobre el colonialismo español en África se desvelan los despropósitos con nombres y apellidos

España en Guinea



Gustau Nerín
Un guàrdia civil a la selva

LA CAMPANA
291 PÁGINAS
15 EUROS

FRANCISCO LUIS DEL PINO OLMEDO
No serán muchos los ciudadanos que sepan o recuerden que Guinea Ecuatorial fue colonia española desde principio del siglo pasado hasta 1968, y menos los que conozcan la historia vergonzante y terrible de su pasado. Una aventura perpetrada por la metrópoli que desembocó en un genocidio, la corrupción y el tráfico encubierto de esclavos. Todo ello muy lejos de la versión oficial que la describe como una colonización pacífica, no racista y suave, cuando no blanda. Gustau Nerín, uno de los mejores especialistas en el estudio del colonialismo español en África, y hombre de brillante vocación antropológica, acaba con el mito en un *Un guàrdia civil a la selva*. Un ensayo que conmociona y donde recupera el pulso torturado del pueblo guineano antes de su independencia.

Hubo un tiempo en que los fang, la etnia mayoritaria de Guinea Ecuatorial, fueron “los últimos africanos libres”, antes de la llegada de los europeos. Los españoles no controlaron el territorio de 26.000 kilómetros de selva ecuatorial que les había correspondido en el reparto colonial hasta la Primera Guerra

Según Gustau Nerín, la represión entre 1921 y 1931 fue severa y ni la República ni la Iglesia salen bien paradas

Mundial. De hecho, no suscitaba casi ningún interés en España, y era tal el desconocimiento, que hasta un periódico confundió Guinea con el Sáhara Occidental. Después, se encargaron rápidamente de destruir el orden indígena; prueba de ello es que sólo ha quedado la historia oral para recordar la cultura autóctona a causa de la represión española. *Abé* en lengua fang significa *hombre malo*, así llamaron al teniente de la guardia civil Julián Ayala Larrazábal al poco de llegar a la colonia en 1917. Fue el personaje más despiadado en el periodo de mayor brutalidad en el territorio. Con el tiempo se convertiría en el hombre de confianza de los gobernadores de la colonia, y en rico propietario. Ayala, cuyo desprecio por el sufrimiento y la vida ajena le llevó a quemar a varios niños (según diferentes fuentes), es el conductor escogido por Nerín para trasladarnos a las profundidades del horror de las tinieblas guineanas. Un espanto impuesto tanto por gentes sin escrúpulos ni moral, y ávida de medrar, como

por personajes contradictorios que pugnar por cumplir con lo que consideraban su deber. Ése es el caso del *incansable y tenaz* Ángel Barrera, capitán de fragata y gobernador general de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea entre 1910 y 1925 que intentó españolizar la colonia con una política de atracción. Pero que fue implacable también como represor cuando lo juzgó necesario. O Gustavo de Sosota que llegó a Guinea dispuesto a defender a los africanos y castigar a los funcionarios violentos o corruptos, y fue asesinado al año por un sargento de la guardia colonial hostil a su gestión. Una anécdota la protagonizó el poeta León Felipe que pasó dos años como farmacéutico en Guinea, y del que Nerín sólo ha encontrado un poema referente a la colonia. Al comprobar que su antecesor se embolsaba el dinero de los medicamentos le denunció: tan sorprendido se quedó el gobernador al ver que el poeta era el primer funcionario no corrupto de la administración colonial que le condecoró al instante.

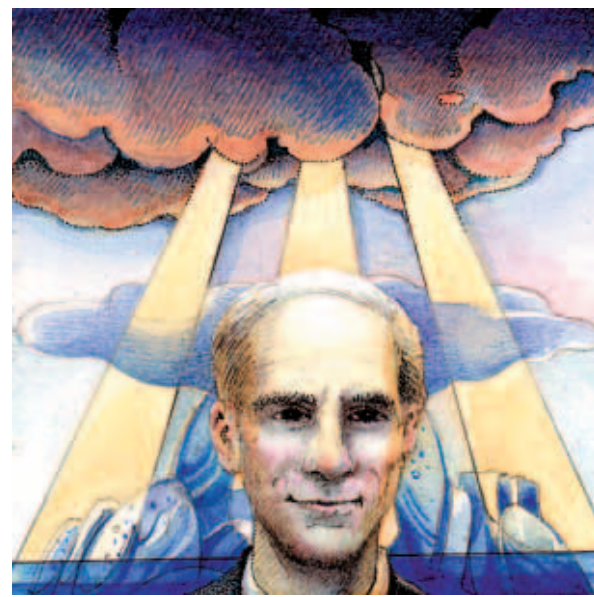
La conquista de Guinea corresponde en el tiempo con la guerra de Marruecos, y su sangría incontestable acentuó, a juicio del autor, la brutalidad colonial. De 1921 a 1931 señala Nerín que Ayala y numerosos guardias coloniales y otros funcionarios cometieron incontables crímenes de todo tipo. Apenas hubo protestas por la represión, es más, se ocultaron los hechos sistemáticamente. No sale bien parada de esta terrible historia colonial ni la República ni la Iglesia, pues la primera no alteró sustancialmente el régimen colonial, al punto que Gustau Nerín afirma que “los políticos republicanos eran tan racistas como los otros cargos de la Dictadura”. En cuanto a los misioneros, no tan sólo no censuraron los atropellos más sangrantes de la Guardia Colonial, sino que elogiaban al cuerpo por su “misión civilizadora de estas regiones”, entre otras virtudes. Además, instigaron a que practicasen la violencia sobre los fang rebeldes al colonialismo, y exigieron que se actuara contra la poligamia y que se impusiese el modelo familiar occidental mediante “el miedo y la obediencia”.

Los españoles se permitieron un último gesto plagado de humillante ironía al imponer la fecha de la independencia de la ex colonia. Así, cuando arriaron la bandera en Santa Isabel el 12 de octubre de 1968, era el Día de la Raza (o de la hispanidad). Pero el dolor no acabó en Guinea Ecuatorial con la descolonización, como señala el escritor. Pero ésa ya es otra historia. |



Grupo de niños en Guinea Ecuatorial (década de los sesenta)
ARCHIVO

CON CIENCIA



MANUEL BOIX

Dos brillantes ensayos del físico y poeta David Jou sobre el tiempo y la materia

¿Qué es Dios?

MARTÍ DOMÍNGUEZ

“¿Qué es el tiempo?”, escribe Thomas Mann en *La montaña mágica*. “Un misterio sin realidad propia y omnipotente. Es una condición del mundo fenomenal, un movimiento mezclado y unido a la existencia de los cuerpos en el espacio y a su movimiento. Pero ¿habría movimiento si no hubiera tiempo? ¡Es inútil preguntar!”. Quizá si Mann hubiera leído los ensayos de David Jou no le hubiera parecido tan inútil preguntar. Porque *La montaña mágica* es entre otras muchas cosas una historia del tiempo, de cómo éste transcurre de manera diferente para los enfermos, para los sanos, para los enamorados. Como explica David Jou, hay diferentes clases de tiempo: en realidad, “somos tiempo”. Nuestro tiempo biológico, nuestro tiempo genético, nuestro tiempo histórico y cultural. El ensayo de Jou profundiza en estas percepciones, con una sobriedad y rigor envidiables, y con una prosa elegante, impecable, profunda, con bellos momentos líricos.

Este nuevo libro de Jou recoge y amplía dos ensayos anteriores, *El temps i la memòria en la ciència contemporània* y *Matèria i materialisme*. Por tanto, nos hallamos ante dos cuestiones imprescindibles de la naturaleza: la base material de la vida y el elemento temporal que la acecha y la degrada constantemente. Como indica el autor, el tiempo y la materia han sido objeto de investigación por parte de los grandes humanistas y científicos de todas las épocas. Pero en la prosa de Jou hay una sensibilidad particular, una actitud distinta y singular a la de otros físicos, quizá porque tras la base teórica y científica descubre algo más que una mera acumulación de leyes y de hechos. Hay una búsqueda de sentido, de espiritualidad, de sensaciones místicas, que se manifiesta en sus frecuentes referencias a Teilhard de Chardin y en sus constantes alusiones a la religión. Como cuando afirma: “El cristianisme, teologia de l'encarnació, no renega de la matèria, ans l'enalteix i la celebra (...). Sovint ha defensat un dualisme d'ànima i cos, i ha vist l'ànima indestructible com una garantia d'immortalitat. És imprescindible aquest punt de vista? (...) N'hi hauria prou que l'ànima fos el record o la consciència que Déu té de nosaltres, més que no pas una part immediata del nostre ser”.

Quizá este libro hubiera sido más efectivo si se hubiera dedicado tan sólo al estudio del tiempo y hubiera dejado para más adelante el de la materia. Porque el paso de un tema a otro resulta algo brusco, y puede dar algo de pereza. Más aún cuando entre ambos temas se interponen algunas contribuciones poéticas del autor (entre ellas la pieza maestra *El poeta*). En cualquier caso, la prosa de Jou y su actitud reflexiva, conciliadora entre la cultura científica y la religiosa, anima a reemprender el vuelo. Así, en el poder de cálculo de los ordenadores cree descubrir por un momento la mente de Dios. Sólo que estas máquinas no son capaces de sentimiento, de compasión, de amor... Ante tanta alusión al omnipotente, yo le preguntaría: ¿qué es Dios? Pero me temo que contestaría, como Thomas Mann: ¡es inútil preguntar! |

David Jou
El laberint del temps, la simfonia de la matèria

VIENA
379 PÁGINAS
19,90 EUROS